

HUMILDAD

En medio de la riqueza propia de los últimos años del segundo milenio de nuestra era cristiana, habiendo sido favorecidos con prodigiosos valores científicos, técnicos, artísticos, culturales... de cara a la aurora del año dos mil puede captarse la profunda insatisfacción del hombre, quien por sus actividades de violencia, ira, soberbia, vanidad, autosuficiencia, etc., sólo manifiesta su sed de valores trascendentales.

¿Será posible –y podremos quedarnos indiferentes– que se haya hecho habitual el espíritu trepador, el anhelo de superioridad, el afán de aplausos, etc., a costa de pisar la dignidad del semejante?

¿Será posible que insensiblemente se mentalice incluso a los niños para que valoren el tener ignorando el ser?

¿Será posible que la sociedad de consumo esté haciendo estragos morales por la usura, la explotación, la pornografía...?

¿Será posible que el hambre de superación se limite a las cosas materiales en detrimento de todo lo relacionado con el espíritu?

¿Por qué? ¿Por qué estos tiempos difíciles parecen anular o destruir las virtudes que dignifican?

Es indudable que respuestas hay muchas y con sobradas razones, pero la situación podría parafrasearse con el relato bíblico de la Creación: cuando Dios le da todo al hombre, cuando lo constituye en señor de lo creado, quiere el hombre alcanzar otro escalón todavía, que es imposible, y cae hasta perder lo más valioso, lo único importante... La ambición, la soberbia, la mentira, destronaron al coronado de gloria y esplendor, al que tenía todo bajo sus pies... (cfr. *Sal* 8,6-7). Entre los remedios que podrían favorecer un retorno al equilibrio contamos en primerísimo lugar con las virtudes teologales como fundamento positivo para la edificación de cada uno en la familia eclesial. Nos enseña san Agustín que “no hay camino más encumbrado que la vida de la caridad, pero no ponen su pie en él sino los hombres humildes”. La vida de fe, esperanza y caridad es posible para cada miembro en razón de la gracia divina por los méritos de Jesús, nunca por mera pretensión humana. Y la humildad del hombre, frente a la manifestación del Amor de Dios, es la respuesta con que contesta a la Gracia, siempre inmerecida. Por eso, aunque no se enumere la humildad entre las virtudes cardinales, se la considera virtud fundamental, que es como el cimiento de todo el edificio espiritual: es como su fundamento negativo.

Santa Teresa enseña que “la humildad es andar en la verdad” (*Sextas Moradas*). Y santo Tomás de Aquino afirma que la humildad “es la virtud que modera y contiene el espíritu para que no tienda a elevarse inmoderadamente” (2-2, q. 161, a. 1, ad 1).

Dios mismo en la persona del Hijo nos enseña existencialmente la humildad. Así Jesús nos dice en el Evangelio: “Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana” (*Mt* 11,28-30). Y el Señor no teme perder cosa alguna al inclinarse y bajar hasta sus criaturas, porque “Dios es Amor” (*I Jn* 4,8). Solamente el orgulloso pretende crear una grandeza falsa, pero “todo orgullo es orgullo

de pordiosero” (cfr. M. Scheler).

Contemplando al Señor, que es “Camino, Verdad y Vida” (*Jn* 14,6), lo vemos humillándose desde su Encarnación; a partir de su nacimiento, su vida se manifiesta pobre y sufre el destierro, la persecución, la incompreensión, es obediente a la ley, respetuoso con los pecadores... “El, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó...” (*Flp* 2,5-9).

El canto triunfal de la humildad es el “Magnificat”. Todo lo que pueda decirse de la Santísima Virgen María sería limitado y condicionado por la sublimidad de su humildad. Ella reconoce que el Todopoderoso ha obrado grandes maravillas en su alma, que todas las generaciones la llamarán feliz... “porque miró con bondad la pequeñez de su servidora”, porque miró la verdad de su humilde criatura (cfr. *Lc* 1,46 y ss.).

La humildad que nos enseña Jesús y que vivieron heroicamente la Santísima Virgen María y los Santos y Santas de Dios, tiene siempre una doble dimensión: se inclina hacia el inferior y reconoce la distancia que lo separa del superior. Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre se abaja y se somete al hombre, siendo todos los actos de Jesús actos de humildad de Dios que al mismo tiempo traducen la humilde respuesta de la humanidad de Jesús al Eterno Padre: “El Padre es más grande que yo” (*Jn* 14,28).

Siguiendo el ejemplo de Jesús, la humildad ha de ser práctica constante, consciente y sincera no sólo ante Dios, sino también ante los hombres, haciéndose servicio fraterno y obediencia al Padre. “No se hagan llamar ‘maestro’, porque no tienen más que un Maestro, y todos ustedes son hermanos. A nadie en el mundo llamen ‘padre’, porque no tienen sino uno, el Padre celestial... Que el más grande de entre ustedes se haga servidor de los otros, porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado” (*Mt* 23,8-9 y 11-12).

Y con tal que los parámetros mezquinos del mundo no lleguen a mancillar el carácter servicialmente humilde de autoridad en el Pueblo de Dios, Jesús enseña que “quien quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos. Porque el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud” (*Mc* 10,43 b-45).

Si bien nuestra condición de criaturas y de pecadores nos pone ante la exigencia de vivir en humildad, la humildad del Señor nos manifiesta claramente que la verdadera fuente de esta virtud necesaria es el AMOR.

Quien se empeña en vivir su vocación universal a la santidad, se gloriará de todo corazón en su debilidad, para que resida en él la gracia y el poder del Señor (cfr. *2 Co* 12,9). Así pues, lo que la humildad exige, ante todo, es que la criatura, iluminada por el Amor salvífico de Dios, se ubique en su condición de pecador, pero al mismo tiempo valore su dignidad de redimido: el humilde reconoce su propia bajeza en la presencia de Dios para contemplar gozoso y feliz la grandeza de su Salvador, quien se humilló para elevarlo. Y esta toma de conciencia es la que favorecerá el ahondamiento de la humildad. Y mayor será la gracia. Y más profunda la humildad... y así hasta alcanzar la perfecta alegría en el misterio del amor.

Sin embargo el humilde reconocimiento de nuestra condición de pecadores y la feliz experiencia de la misericordiosa humildad de Dios podría llevarnos a una falsa estima frente al prójimo: sobre-estimándonos a nosotros y desestimando al hermano. Pero el humilde supera toda tentación de menosprecio sabiendo que el Amor de Dios mira con bondad a cuantos viven en la humildad (cfr. *Sal* 138,6) y luchan por vencer el pecado. Por eso, “sin falsedad puede uno

decirse y creerse inferior a todos los demás en razón de los defectos secretos que reconoce en sí y de los dones de Dios que están ocultos en otros” (Sto. Tomás, 2-2, q. 161, a. 6, ad 1).

El auténticamente humilde es capaz de apreciar en toda su dimensión las cualidades y virtudes del prójimo. El que es orgulloso, en cambio, considera sus propias ventajas para creerse superior, estimando como perjudiciales para sí los méritos del prójimo. El que se humilla de verdad se olvida de sí mismo, y en la presencia de Dios por amor a Él se alegra gozosamente de todo bien. En las ventajas que le llevan los demás no ve un perjuicio sino por el contrario una manifestación de la gloria de Dios, su único bien por quien se vive.

Teniendo plena conciencia de la realidad de nuestro ser, conociendo incluso el bien que Dios depositó en nosotros para la edificación de la Iglesia, tendrá que darse una adecuación entre lo que somos y la imagen que “fabricamos” de nosotros mismos. Es decir, no engañarnos con fantasmas... Sólo en la Eternidad, a la que no tienen acceso los soberbios, donde nuestra humildad será perfecta, no tendremos necesidad del cauteloso y permanente cuidado, pues todo lo viviremos en la alegría de la paz sin fin donde Dios es todo en todos.

La lucha constante por vivir en la humildad es siempre ardua y fatigosa para el hombre herido por el pecado. La humildad es un morir continuo, a cada instante, a nuestro yo y sus consecuencias, para que Cristo viva en nosotros.

En la lucha tesonera triunfa la gracia, no como fruto de la humildad, sino por el Amor de Dios que supera lo que ampliamente podríamos imaginar, pero la humildad es condicionante para obtener la gracia, “porque Dios se opone a los orgullosos y da su ayuda a los humildes” (1 P 5,5).

Cuanto más sincera e intensa es la humildad, tanto más profunda será la intimidad que alcanzará el hombre en los misterios de la fe. Es que el humilde tiene permanente disponibilidad para dejarse educar en la fe por el mismo Dios. La humildad abre el corazón al amor desinteresado a Dios y a los hermanos. Quien vive en la humildad espera el cumplimiento cierto de los designios salvíficos del Padre.

Como consecuencia de ello hemos de tener una justa estima de la verdad que reside en nuestra vida, no hemos de negar lo bueno como tal, pero reconoceremos que su causa y origen es Dios; mientras que el origen de nuestros pecados es íntimamente nuestro. “Soy lo que soy por la gracia de Dios” (1 Co 15,10), pero no por eso haremos alarde y vanagloria; quien debe hablar de sí y debe reconocer la verdad, lo hará sin jactancia.

La visión de todas las cosas en el hombre verdaderamente humilde será una visión luminosa, pues dice el Señor: “Si los ojos están sanos, todo el cuerpo estará iluminado” (Mt 6,22).

El hombre humilde será siempre servicial y estará incondicionalmente a disposición de todos, sin hacer acepción de personas. Siempre iluminado por la vida de Jesús, el Siervo de Dios (cfr. Is 42...), el cristiano será servidor en la comunidad eclesial por medio de su testimonio íntegramente vital, para que el mundo pueda captar la verdad del amor del Padre. Pero también será servidor de la comunidad humana en una dinámica de amor respetuoso a todo prójimo; respetando su conciencia, su libertad, su responsabilidad... no engañándole nunca, siendo hombre de palabra empeñada y cumplida...

Para concluir, baste pensar que si Dios no perdonó el orgullo de sus ángeles, si los condenó al infierno para toda la eternidad, ¿qué será del hombre, redimido por la preciosísima Sangre de Cristo, que no llegue a vivir en la verdad de la humildad?

En nosotros está la posibilidad de remediar tantos males, en cada uno de nosotros late la

responsabilidad de responder a esta nueva invitación del Señor: “aprendan de mí que soy paciente y humilde de corazón y así encontrarán alivio” (Mt 11,29).

Chascomús (B.A.) – Argentina